

LA EUCARISTÍA

Alberto Hurtado SJ

Con el sacrificio de Cristo nace una nueva raza, raza que será Cristo en la tierra hasta el fin del mundo. Los hombres que reciben a Cristo se transforman en Él. Vivo yo, ya no yo, Cristo vive en mí, decía San Pablo; y vive en mi hermano que comulga junto a mí y vive en todos los que participamos de Él. Formamos todos un solo Cristo. Vivimos su vida, realizamos su misión divina. Somos una nueva humanidad, la humanidad en Cristo. Estrechamente unidos, más que por la sangre de familia, por la sangre de Cristo formamos el cuerpo de Cristo y en Cristo y por Cristo y para Cristo vivimos en este mundo.

De aquí nuestro profundo optimismo, nuestro sentido de triunfadores, pues en Cristo hemos iniciado la victoria que iremos completando cada uno de nosotros y será perfecta al final de los tiempos.

La Eucaristía es el centro de la vida cristiana. Por ella tenemos la Iglesia y por la Iglesia llegamos a Dios. Cada hombre se salvará no por sí mismo, no por sus propios méritos, sino por la sociedad en la que vive, por la Iglesia, fuente de todos sus bienes.

Por la Eucaristía, Sacramento, descienden sobre los fieles todas las gracias de la encarnación redentora; por la Eucaristía, sacrificio, sube hasta la Santísima Trinidad todo el culto de la Iglesia militante. Sin la Eucaristía la Iglesia de la tierra estaría sin Cristo.

Por la Eucaristía esta tierra de la encarnación se hizo el centro del mundo. Por ella el Hijo permanecerá entre nosotros no por unos cuantos años fugitivos, sino para siempre. Mediante la Eucaristía Cristo permanece siempre presente en medio de su pueblo, para acabar por su Iglesia.

Toda la obra de Cristo se perpetúa en el mundo por la Hostia: mediante ella desciende la vida a las almas y eleva las almas hasta Dios. La Comunión realiza este descenso de la Trinidad hasta los hombres por Cristo. El sacrificio de la Misa eleva los hombres identificados con el Hijo hasta el Seno del Padre.